guntas de las profesoras y las respuestas de los niños.

La salida es a la una de la tarde. Una maestra los llama cuando llegan sus padres. Los alumnos le dan un beso y se despiden de sus compañeros. Algunos se van en coche, otros abordan el transporte escolar y, los que viven cerca, se van a pie. Entre tantos alumnos hay una niña que se llama Estela. Desde las rejas observa cómo se alejan sus compañeros. Ella se queda a comer en el Jardín de Niños. A veces hace la tarea y también alguna travesura para no aburrirse. Mientras sus compañeros desaparecen en la distancia, el corazón de Estela se va reduciendo, hasta quedar tan pequeño como el pupitre donde se acomoda con su pena. Afortunadamente, el corazón de Estela recobrará su tamaño cuando sus padres vengan a recogerla, horas más tarde.

GAJOS DE ALEGRÍA

Cada uno de ellos, con el balón entre las piernas, suelen sentirse amos del mundo. Ruedan esos gajos de cuero y los amigos van tras ellos. Nadie está quieto, incluso el portero que no tendría por qué moverse, hace aspavientos y abandona su área de juego. La tierra los acompaña. Su presencia es polvo que les cubre tobillos, cuello y frente. El viento se arrastra por el suelo, sometido a su grandiosa libertad. Una caravana de nubes sigue de cerca su dicha infinita.

Con dos piedras construyen una portería en medio de la calle. Por ahí pasarán los disparos y todo el viento que quiera. Cada gol es una victoria momentánea. Hasta que alguno de los equipos logre el triunfo total. La gente los sigue con sus miradas. Corren como si estuvieran en un estadio de futbol, pero sólo es una calle. A gritos una voz solicita el pase y sueña con meter el gol. Son muchas opciones las que corren en pos de la esperanza.

La lluvia arruina el juego. Se refugian entonces bajo una marquesina y reviven las jugadas. El balón vibra de nuevo en sus manos. La alegría de unos suele ser la tristeza de otros. La vecina se asoma por la ventana y se alegra al verlos pegados al muro. La lluvia de la tarde es benéfica para sus plantas y el balón ya no brincará sobre la barda de su casa, para maltratar sus plantas.

Los jugadores siguen reviviendo acciones. Ahora el partido es un encuentro de palabras. Nadie sabe estar quieto. Finalmente se olvidan de la lluvia y salen de su escondite. Se meten al aguacero y ponen el balón en el suelo. Sus colores se pierden entre el lodo. Esos gajos de cuero sólo pueden compartir su alegría mientras ruedan bajo sus pies.

OASIS EN TRICICLO

Salen del autobús como si fuera la primera vez que entran en contacto con la naturaleza. Un empujón inicia la carrera para alcanzar la felicidad. Son tan arrebatados que han tirado y le han roto la boca a Pancho. Afortunadamente, es buen compañero y no los acusa. Sólo les pide que lo oculten de los profeso-